



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.



AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.
Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

10 de Octubre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y republicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

NÚM. 16.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADO.—Retrato del Ilmo. Sr. Dr. D. Cayetano del Toro y Quartiellers.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—Poesías: A mi hermana Dolores de Busterra, por ERMELINDA DE ORMAECHE.—Luz del alma, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Adios al marino, por MANUEL EULATE.—El poeta, por J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.—Tristeza, por FERNANDO ARAUJO.—Andaluces ilustres: Biografía, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Cartas de adentro, por SERVANDO A. DE DIOS.—Un carmelita, por J. M. GOMEZ COLON.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

VII.

LA DESHONESTIDAD.

A sí como hay errores que conducen al delito, hay aberraciones que se purgan con la enfermedad: cuantos de aquellos producen sangre, suelen terminar en esos lugares de execración que se llaman cárceles y patíbulos; cuantas de éstas llevan al vicio, dan con el agente en hospitales y cementerios: mas siempre la semilla del mal hunde al infeliz en los manicomios del crimen ó en los estercoleros del dolor.

La deshonestidad no tiene su origen en el egoismo: éste aparece luego, y en algunos casos puede servir para contener aquella, quizás para curarla, por más que en otros, presa de su ceguedad el agente y mal dirigido ó extraviado el hombre, suele ser deshonesto por ansia del placer y grosería del espíritu, y dar en las enfermedades y en la muerte cuando pensaba en la vida y en la perpetuidad del goce.

La liviandad tiene su fundamento en la misma naturaleza; es un instinto desquiciado, un móvil estrecho ampliado y trocado en hábito, un estímulo temporal y limitado á un fin, anticipado y distendido, frecuentado y generalizado, hasta convertirlo en resorte constante de la conducta y objetivo único del deseo.

Por lo mismo que la naturaleza le tiene marcada su esfera, señalado su principio y ordenado su término, para anticipar este apetito como para prolongar su acción, es preciso hacer violencia á sus leyes, desobedecer sus reglas y hacerse reo de grave imprudencia y muchas veces de doloroso suicidio; porque es evidente que no se pueden infringir los preceptos naturales, sin que los intereses orgánicos se resientan y se arriesgue la salud ó la vida: y sin que por otra parte la naturaleza misma proteste, condene y castigue con gradual dureza la transgresión de sus sagrados fueros.

Anticipar los instintos sensuales es torpeza que, no pudiendo recaer sobre el organismo, cae sobre el espíritu; por eso la deshonestidad prostituye el alma, mucho antes que ataca al cuerpo. Desconocidos antojos arrastran al impuber á pecados para los que faltan instrumentos, y á goces para que no hay razón; y las violencias á que tiene que someter sus órganos, los agostan en flor, los debilitan al desenvolverse, los atrofian al nacer y los condenan á una existencia corta y penosa. La tísia y el raquitismo, la impotencia y la vejez prematura, el dolor constante y la muerte anticipada, son los castigos que la naturaleza lastimada impone á esas torpezas ejecutadas sobre el cuerpo por un alma precozmente desmoralizada y ciegamente corrompida.

¿Quereis saber cómo se llega á este funesto resultado? Pues bien: puesto que la naturaleza nada hace, la obra deshonestas es toda de propiedad humana.

El Cielo ha querido que vivamos ángeles sobre el mundo una docena de años: doce años son la sexta parte de una existencia suficiente; no más que la sexta parte: nos quedan otras cinco sextas partes para arrastrar por el fango el velo del pudor, la túnica de la inocencia y los girones de la sinceridad, la ternura y la alegría, cuyas virtudes han formado el celestial ropaje de nuestros primeros años. Pero caemos en manos del hombre: y aunque el hogar doméstico es la urna sagrada de la infancia, el fanal de nuestras bellezas y el altar de nuestra santidad, hay sierpes en este paraíso que anidan en los pechos entre las rosas del amor paternal, del afecto fraterno y de la solicitud de los parientes y allegados, que muerden en nuestra virtud, manchan con su baba nuestro candor y depositan en nuestros corazones esos huevecillos que fecundan luego los vicios y errores de la educación, los hábitos corrompidos del mundo y la atmósfera misma del hogar doméstico, no, ni con mucho, depurada de miasmas deletéreos y de gases mefíticos y ponzoñosos.

El soez criado pone en los labios del niño



Dr. D. Cayetano del Toro y Quartiellers.

la primera palabra obscena; la mujer que nos amamanta, entre dos besos deja en la boca del infante la primera picardía; el niño se la lanza luego á sus padres con su lengüecita de querube y su tartamudismo infantil, y aunque la frase viene sin idea y el vocablo sin intencion, los padres rien, lo chillan y celebran como una gracia la primera profanacion de aquel espíritu celestial.

Como si el lenguaje de la impureza tuviese singular atractivo para aquella *honesta* familia, ó como si ésta se alegrase de que alguien pudiese usar en aquel santo recinto palabras que sólo el respeto social mantiene alejadas de sus labios, todos fomentan, más ó menos ostensiblemente, la retentiva picaresca del niño, enriquecen su ininteligible al par que impuro dialecto, y alientan aquel sacrilego aprendizaje con la inoportuna caricia, la exagerada celebracion, la necia hipótesis de su oportunidad, la pecaminosa fruicion con que se acoge la supuesta malicia, y las groseras provocaciones con que manchan aquellos labios y graban en la memoria aquellas obscenidades.

¿Hay cosa más monstruosa que una madre riendo de la obscenidad de su hijo? Si el alma de la inocencia pudiera comprender aquella algazara escandalosa, ¿no saltaría indignada de entre las maternales manos al duro suelo, ménos cruel y peligroso que aquel regazo? ¿Hay cosa más repugnante que ese grupo, tan decantado por los poetas y moralistas, que nos presentan en torno de la cuna en que el infante saluda con su sonrisa al rayo de Sol y al rayo de amor, al anciano abuelo, á la devota abuela, á los tiernos padres y á los juguetones hermanitos, riendo de la picardía con que les hiere el infante, de la obscenidad con que torna á la vigilia poniendo en contradiccion la impureza de su labio con la pureza de su mirada y provocándole para que trueque la oracion de la mañana por esa sarta de indecencias que ni sabe articular su lengua?

Oh! cuánto suele llorarse luego lo que hoy se rie tanto! Se pagan tan caras las imprudencias en la vida!...

Una niña que no sabe rezar á tiempo: una niña que reza con el mismo labio con que peca, ó que tiene necesidad de pedir perdon al Cielo ántes de haber pecado en la tierra, sin duda porque ha de rezar por los que ponen el pecado en su labio abriéndole así ancha puerta para que llegue al alma, es un ser que causa lástima; un ser que está perdido en el mundo, alentador constante de todo género de deslices y seductor irresistible precisamente para los de la carne.

Mañana, sin duda la enseñanza familiar cesa, nunca tan pronto que el germen no esté echado; pero sigamos el proceso de este germen y veremos sus lógicas é inevitables consecuencias.

La amiga favorece el aprendizaje del mal, sirviéndose del cómodo descuido en que dejan á las dos los padres: y la confianza, alentada por las desconocidas impresiones que van despertándose con la edad, sirve á los funestos intereses de la *deshonestidad* que, ya intencionada y bien comprendida, busca para subsistir las sombras del misterio y los ardides de la hipocresía.

La naturaleza que entónces interviene, alentada por el deleite, secundada por los atractivos del secreto y defendida por la gatzmoñería, produce la complacencia generadora del hábito: y más adelante, cuando el trato de los sexos empieza, el amante termina la educacion empezada por los padres y seguida por las amigas, á favor de las novelas desmoralizadoras que una sociedad corrompida y una paternidad glacial dejan en sus manos, y de unos momentos que el amor roba á la vigilancia ó que la desidia paterna abandona á la juventud apasionada.

¿A qué seguir? El fin es tan vergonzoso y tan triste!... La mujer corrompida por el burlador infame, se prostituye, se entrega á la pendiente del vicio y dá en el hospital, pasando por los senderos del desprecio, de la miseria y del desengaño. Ó, lo que es peor, mucho peor, la mujer lleva su inmoralidad al seno de una familia honrada y mancha la pureza de sus hijos, destroza el honor del marido y cae en el adulterio, crimen mucho más asqueroso y grave que el de la ramera de profesion.

Después de la desgracia horrible de perder la estimacion de su marido, no le queda á la mujer escalon más bajo que descender, que el del adulterio. En efecto; la mujer que no sirve para honra del propio hogar, sólo puede servir para presa de agra lujuria: trueca el amor que al tocarle la enaltece, por la obscenidad que al rozarla la pudre. El ansia de placeres le hace preferir una variedad nauseabunda á una castidad virtuosa, sin alcanzar que el desden de un marido vale inmensamente más que la codicia sensual de un amante; porque el abandono y aún las humillaciones conyugales depuran la virtud, en tanto que la rara fidelidad de un amante ladrón, no bastaría á prestarla ni aún esas disculpas que, para defender su vicio, pudiera hallar la mujer pública.

La mujer sensual hace mal en casarse; porque no es en el matrimonio, como se cree, donde se halla más cantidad de carne, sino más cantidad de amor; si éste no existe, lo que es aquella no existe tampoco: precisamente porque el matrimonio mata ilusiones, preciso es apoyarlo en algo sólido, en algo más consistente que un antojo, más formal que un deseo, más inmutable que un apetito orgánico ó que una ficcion imaginaria: preciso es darle por fundamento el alma entera, el amor racional del espíritu, la profunda simpatía del corazón y la grave determinacion de una vida honrada.

Aun con estas condiciones, la accion de los años, el hiel de la vejez, el influjo de la experiencia, el enervador constante de los caracteres, gustos y tendencias y la revelacion completa y descarnada, en fin, de lo que somos y queremos, son más que suficientes para perder la paz, para convertir el estado en cruz y para ganar la palma del martirio á precio de los tormentos del infierno.

Si la *deshonestidad* de la mujer tiende sobre este lago de lágrimas el harapos manto del deshonor, no hay castigo en el mundo para tanta infamia ni tamaña ingratitud.

Sigamos ahora los efectos de la *deshonestidad* en el varón, que no porque se atenúen un tanto al compararlos con los que produce la de la mujer, dejan de ser graves y funestos.

Para que en el mundo nada corresponda á la verdad ni al deber, el colegio, que tras el hogar habria de ser templo de moralidad y casa de educacion, es foco de impurezas y escuela de corrupcion. Allí se desgarran los últimos restos de ese velo del candor con que suele aparecer en sus umbrales el alma del infante: allí se complementa, por obra del amigo, lo que empezó á hacer el padre é imitó el hermano: la fraternidad escolar sigue más libremente las huellas de la natural; y el descuido é imprevision del maestro, mayores por lo mismo que son ménos debidos que los de los padres, favorecen y explican ese progreso de la malicia y ese aprendizaje de la obscenidad.

Lo que gana el cerebro, lo pierde el corazón; porque un colegio perfecto, cuanto es posible, dá al jóven ilustrado; pero le suele dar corrompido: en esto responde al afán paterno, que suele pedir sabios más bien que honestos, y que mientras que no perdonaria que el hijo no avanzase en sus estudios, se cuida poco de que se afiance en la honradez, ó entien-

de que son gracias, precocidades, pruebas de talento y aptitud para la vida social, las primeras licencias y los primeros escándalos de la vida deshonesto.

Cuando el colegio suelta al jóven, el mundo le toma á su cargo: bajo la forma de una amistad libre, con el abandono del padre, que no educa al hijo para fraile, y con el escudo de una madre á quien interesan poco abusos que no retumban dentro de su propio hogar, el nuevo libertino se dá á la práctica de aquellas teorías aprendidas en la reclusion del colegio; y así, creciendo la corrupcion y desarrollándose con tales elementos los primitivos gérmenes, se llega al desenfreno de la conducta, al culto de las pasiones y á la esclavitud del vicio.

La *deshonestidad*, como cualquier otro error de la conciencia, imprime un sello especial al individuo; y al par que el rostro palidece, que el organismo se debilita y que el cuerpo enferma, la sensibilidad se embota, la inteligencia se oscurece y la voluntad se afemina bajo la servidumbre del deseo. La sensualidad conduce al jóven á la orgía que escandaliza y mancha, á la crápula que desgasta é infesta y á la bestialidad que ciega y delinque; y torcidas y viciadas las costumbres, evaporado el suave perfume de los afectos honestos, borrados los pensamientos nobles y generosos y nutrida la voluntad con brutales antojos y locas ideas, el hombre pierde su dignidad, se degrada y rueda, bajo el aguijon del dolor físico, al fondo del hospital y, bajo el vergonzoso azote del delito, al fondo del presidio.

Mientras vive en sociedad, el gusto de los placeres carnales le mantiene alejado de los goces delicados y fortificantes: ni toma por insulsos los deleites de la ciencia y del arte, ni entiende que el amor sea sino las caricias que compra el oro, ni la amistad sino el aliento para el desenfreno.

Extraviado el sentido moral, degradados los modales, falto de circunspeccion y con equivocadas ideas de lo que es la mujer virtuosa, el hombre honrado y la sociedad decente, lleva al trato social fórmulas inconvenientes, palabras inoportunas y acciones ridículas ó peligrosas. Y si un día, bien arrepentido y desengañado, bien alucinado y terco, busca en el matrimonio consuelo á su disgusto ó triunfo para sus planes, aporta al hogar y lleva á su mujer y á sus hijos una naturaleza enferma, una salud quebrantada, restos, en fin, en ceniza y polvo, de su juventud arruinada, ó una existencia de dolor y lágrimas que recoge la esposa en desencantos é insultos y los hijos en malos ejemplos y crueles desventuras.

El arrepentimiento no puede hallar en el hogar sino sombras pavorosas del pasado, que surgen al golpe de las desdichas presentes; porque la naturaleza no ha querido que sea el matrimonio panteon de esperanzas ni sepultura de desengaños; sino fuente de vida y manantial de nuevas venturas; y porque no es la familia lugar en que deben cosecharse frutos dados en simientes á los vientos de las tempestades mundanas; sino vírgen tierra en que con cuidadosa mano se siembran y cultivan flores del alma, guardadas hasta entonces con delicado esmero y puestas siempre á cubierto del hálito abrasador de las pasiones desenfrenadas.

Si la *deshonestidad* persiste después del casamiento, á más de manchar la santidad del hogar y rebajar su grandeza, quita toda novedad al consorcio, destruye sus alicientes y atractivos y ahuyenta de él la fidelidad que le hace tan respetable y la pureza que le hace tan honrado. Ciertamente que el vicio del hombre no le arrebatara el derecho de atajar el mal con que se contagia su familia; mas desde luego sus reconvencciones podrán ser esté-

riles porque el ejemplo es más poderoso que el precepto, sus discursos aparecerán desacreditados y sus órdenes dejarán tras sí en el alma los más amargos remordimientos.

Acabemos, puesto que todo no podría decirse en tan corto espacio: la vejez misma del deshonesto es horrible. El hombre tiene el recurso de hacerse devoto: llega un tiempo en que el cuerpo doblado y el espíritu abatido arrastran al pecador al templo antes de arrastrarle al sepulcro; pero la mujer, que ni aún devota suele perder hábitos que en ella hicieron horrible presa, en vano se agita á los pies del confesor en frecuentes y sacrílegas prácticas, y se postra ante los altares con olvido de sus deberes domésticos y visos de mundana maledicencia.

Desacatos que ya no comete, atribuye á otras; vicios para los que quedó impotente, finge y supone, y desgarrando honras al compás de sus golpes de pecho y profanando Ave-Marias con tormentosas reminiscencias y consentidos recuerdos, consume los últimos años de su vida, cuando un mísero arrepentimiento y un profundo dolor moral no la llevan al claustro, fortaleza contra los antojos y sepultura de las pasiones.

Huid, huid de la *deshonestidad*, chispa leve que recrea los ojos del niño inocente, pero que abrasa su manita inesperta; y hoguera, incendio espantoso en que arden al fin con la pureza del alma, la nobleza del corazón, la dignidad del pensamiento y la justicia y santidad de la vida.

ROMUALDO A. ESPINO.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

Decoración décima.

CORRESPONDE hablar en este cuadro ó perspectiva, de la educación social que recibe la bella mitad del género humano en esta isla llamada *de los santos*, en la que se echa de ver cuán diablezco ha sido el progreso de las ciencias y las artes, que en vez de *santa* como en lo antiguo, llaman *perfidia* á la moderna Albion.

Verdad es que tan poca fe merece el título de santidad como el de perfidia, cuando vemos que se llaman *leales*, poblaciones que se han revelado cien veces, y *defensores de la fe católica* los monarcas ingleses que la combaten. De todos modos, para merecer estos pobladores el nombre de santos, mucho debieron contribuir las mujeres como madres y esposas, pues no es creíble que de malos troncos saliesen buenas ramas, y considerando que la hermosura de las sajonas con sus rubias cabelleras, azules ojos y color alabastrino ha sido y continúa siendo tal, que etimologistas galantes hacen derivar la palabra *Angle-terra* de *tierra de ángeles*, mucha debió ser la bondad de ellas, cuando á vista de tales tentaciones no se convirtieron los hombres en verdaderos diablos.

De esa época apartada, de cuya vida íntima no tenemos detalles ni pormenores, nada podemos ni debemos decir, aunque apostaré que debajo de la capa de santidad habría tales sapos y culebras, que ningún hombre de bien se resignaría á vivir hoy bajo un régimen parecido.

Debemos venir á una época equivalente á la que nos ha servido de estudio en España y Francia, y dar un vistazo sobre la vida doméstica, el teatro, las reuniones públicas, los libros y demás elementos de educación social y profana, hasta descender al deplorable estado de la mujer, que produjo el movimiento ó liga conocido con la divisa de *Women's Rihts*.

Lo que no puede menos de llamar la atención, por poco que se estudie la vida social inglesa sin distinción de épocas, es la confianza sin límites que á los hombres han merecido siempre las mujeres, concediéndolas una libertad de moverse de un lado á otro, que contrasta notablemente con la sujeción y encerramiento que sufren todavía las de otros países de Europa que se llaman civilizados. Todos los padres de familia entre nosotros, se asustarían al ver la independencia con que

una joven soltera en Inglaterra entra y sale, organiza expediciones, toma el ferro-carril ó el vapor, hace visitas, permanece días en casa de una amiga y dispone, en fin, de sus movimientos como si fuese hombre. Una vez casada, su libertad cesa y debe regularse por la voluntad del marido, al revés de lo que pasa en el continente, aunque parece lo más sensato que la soltera, que necesita ser vista para buscar su colocación, tenga esa libertad, mientras que la casada, que vive ó debe vivir para su esposo, no necesite de esas correrías.

Ocioso es decir que por este discreto sistema, la viuda, aunque sea muy joven, vuelve á entrar en el goce de esa libertad omnimoda, al paso que entre nosotros vuelve al pasado cautiverio.

Lo que debe asombrar en cambio á los que observan nuestra conducta no es para dicho, ni cómo podrán entender en pinturas de costumbres españolas, que una viuda como, por ejemplo, Doña Angela, en *La dama duende* de Calderón, diga:

«Vuélveme á dar, Isabel,
Esas tocas (pena esquivá),
Vuelve á amortaljarme viva
Ya que mi suerte cruel
Lo quiere así...»

En efecto, «suerte cruel» ha sido la de la mujer «condenada, como prosigue diciendo Doña Angela, á morir entre dos paredes, donde apenas el Sol sabe quién es,» y todo esto por orden y voluntad, no ya de padres, sino de un hermano correntón y calavera. Y lo que á primera vista se desprende, al ver de una parte tanto recelo y de otra tan ilimitada confianza, es que la mujer que tal seguridad inspira, no debe haber abusado de la dicha libertad, porque á ser así, los padres se la habrían quitado inmediatamente. Habría sucedido lo mismo que con la libertad de leer la Biblia en castellano, de que gozaban en España las mujeres, que ya vimos que por *bachillerías* la perdieron.

Tenemos, pues, que la fuerza de las cosas, la lógica y el buen sentido, en épocas en que ni pasaba por la imaginación de los filósofos que los derechos debían ser ejercitados igualmente por la mujer y el hombre, ya la mujer inglesa poseía, y se había hecho merecedora de poseer, dos franquicias importantes: la de arreglar en su conciencia la guía del alma y la de gobernar á su voluntad la dirección del cuerpo.

Cierto es, que en explicación de un caso y en abono de otro, pueden aducirse varias razones y excusas, entre ellas, que en Inglaterra protegen las leyes la seguridad de la mujer y son celosas de su honra, y que el clima no enciende las pasiones como en los países meridionales, lo cual es verdad hasta cierto punto, aunque por contra podría objetarse: si las pasiones son más fuertes en el Mediodía, razón más para que las leyes protejan á la mujer con mayor eficacia que en el Norte. El argumento que toma por base lo caliginoso del clima y la fogosidad de las pasiones para explicar estos hechos sociales, se encuentra en el aire y vencido si examinamos la cuestión atentamente.

En Inglaterra, donde no hay tantos peligros para la mujer, según se pretende afirmar, se han prohibido las funciones teatrales en innumerables ocasiones por largo período de años, y aún se prohíbe hoy la representación de infinidad de comedias y dramas por licenciosos, al paso que en el continente se ejecutan y aplauden con preferencia. ¿Cuál será la razón en último resultado? El daño que puede ocasionar en la moral de la juventud. Y venimos á parar que allí donde el daño es menor por la frialdad del temperamento, se temen peores resultados; y donde es probable que sea el estrago mayor, se deja libre el veneno.

Más aún, en Inglaterra se han prohibido siempre los bailes lascivos, que poca impresión deben hacer en estatuas ambulantes, al paso que entre nosotros se han patrocinado los más escandalosos en todos tiempos. En la época de que hablamos, se quejaban nuestros escritores de las *chacanas*, «baile lascivo que tanto ofende la virtud de la castidad y el decoroso silencio de las damas,» y posteriormente vinieron otros, hasta concluir con el *can-can*, las americanas y los bailes desenfrenados de los cafés cantantes de Sevilla.

Todo esto se comprende en un país frío, y es echar leña al fuego en un país cálido.

Finalmente, sabido es, que en ese mismo período en que la mujer soltera y viuda estaban privadas de libertad, por temor de que sólo con los ojos pudieran co-

mérselas los hombres, en la corte de Madrid se bañaban en el Manzanares hombres y mujeres completamente desnudos, convirtiendo el río en un valle de Josafat, y pareciendo en su desnudez *ristras de azotados*; «lastimosa libertad de la corte, dice Lope de Vega, no poco murmurada de los que saben cuánto importa en las mujeres la honestidad y en los hombres el recatarse de tantos ojos.»

Lo que se vé aquí en realidad, es que en Inglaterra ha habido más juicio, discreción y sentido común, que evitan esos extremos de locura en dirección opuesta de que son ejemplo otros países. Sentido común, con razón llamado el menos común de los sentidos, pues en medio de todo esto, pragmáticas hemos tenido hasta para levantar un bastidor en los escenarios, que tapase á la vista los pies de las actrices y bailarinas. En una cosa hemos sido discretos y lógicos, y es en no introducir las costumbres del beso, que tan común es entre los ingleses.

Aquí están en carácter y en su lugar ambas naciones, y bien podemos recordar, porque su introducción es reciente, la resistencia instintiva de nuestras jóvenes á dar la mano á los caballeros en los saludos y despedidas, lo que prueba la no pequeña dosis de malicia que en la juventud engendra el exceso irracional de desconfianza en los padres, y el sistema inoportuno de exagerada reclusión de las hijas. Finalmente, si algún argumento atendible existe, que no es otro sino la falta de protección de las leyes en favor del bello sexo, la respuesta se convierte en esta pregunta: ¿Y por qué no se le protege? ¿Por qué no se ha pasado á los códigos parte de ese trabajo y tarea de los padres? ¿No es más segura la justicia que las cerraduras, que pueden abrirse con llaves de oro?

Los hombres hacen la ley y pudieran haberse quitado de encima parte de tanta carga. No lo han hecho sin duda por rutina ó por satisfacer sus inclinaciones al despotismo y tiranía. Eso de cerrar puertas, vigilar y andar con la barba sobre el hombro, parece ser como un placer secreto de ciertas razas, ó deseo de privar de libertad, en el que á su vez padece de servidumbre. Todo puede ser.

En cuanto á la dosis de malicia á que he aludido, no depende del natural de los meridionales, sino de la conducta que con ellas se sigue y de las consecuencias que traen consigo la suspicacia y el recelo de los padres y tutores.

Este punto exigiría por sí sólo un tratado, si hubiese de expresarse como corresponde. En el estado á que llegan en ciertas épocas las relaciones sociales y domésticas, parece una idea absurda, insensata y hasta inmoral el hablar de libertad para las mujeres. Y es que sucede en esto como en política, cuando de resultados de tiranía indistreta é innecesaria, ha crecido por parte de los que mandan un infundado temor y por parte de los que obedecen un deseo de tenerlo en continuo jaque y buscar su revancha ó desahogo de mil modos indirectos.

En situaciones semejantes es inútil hablar de libertad porque se dirá que hay mil peligros; pero todos estos peligros son artificiales.

Lo propio tiene lugar en los matrimonios en que el marido es indiscretamente celoso. El recelo, que ya es de por sí una verdadera enfermedad del ánimo, proviene generalmente de una situación falsa, que hay que sostener á fuerza de ingenio en buscar faltas, y como la potencia en la dinámica espiritual como en la física, se gradúa en proporción de la resistencia, contra tantos grados de ingenio del que oprime, se oponen otros tantos de ingenio del que padece, y de esta lucha se engendra la malicia. Y lo peor es, que el opresor obra á ciegas é inconscientemente, mientras que el oprimido sabe bien donde hay mayor ó menor presión para escapar por el punto más flaco.

Hay un efecto doloroso de todo este pugilato lamentable, y es que ambos contendientes sacrifican su dignidad. No es posible verdadero carácter noble y digno cuando se establece en las relaciones familiares y sociales una guerrilla de esta naturaleza.

Ahora bien, podrán encontrarse defectos en el carácter y en la sociedad inglesa, pero éste no se encontrará jamás. En este punto se observa una gran semejanza con lo que pasa en su régimen político. De todo podrá acusarse al gobierno inglés menos de suspica-

cia recelo ó desconfianza de los ciudadanos. Así se vé que personajes temibles en otras naciones, conspiradores y revolucionarios, se acogen al suelo inglés, y como si la confianza del gobierno fuese un antídoto, las culebras pierden allí su veneno y las víboras su ponzoña. Allí pueden todos hablar, escribir, moverse, pararse, pensar ó soñar cuanto se les antoje. El gobierno no teme ni desconfía, ni tiembla ni pierde el sueño.

Pues lo mismo pasa con la mujer en la sociedad doméstica. No es esto decir que todos los padres sean unos sabios y todas hijas unas Porcias. Excepciones hay, como también las hay en los pueblos que siguen opuesto camino; pero aunque no pudiese yo mostrar con testimonios irrecusables que tal fué y aún es el hecho general en Inglaterra, el giro que se observa en su política bastaría para convencerse de que es producto, ó mejor dicho, imitación de lo que han visto los gobernantes en el gobierno de las familias, pues si aún de éstas se compone el Estado, el secreto del estado es seguir su curso y amoldarse á su manera de ser.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

Madrid: 1878.

Á MI HERMANA DOLORES DE BASTERRA.

EN SUS DÍAS.

Bellos cual de tu aurora
Los resplandores,
Que iluminan rientes
Valles y montes,
Son los destellos
Que irradian, niña mía,
Tus ojos negros.

Alegre como el canto
Del pajarillo
— Que hoy sólo á tí consagra
Sus dulces trinos—
Es la sonrisa
De tu hechicera boca,
Niña querida.

Vagoroso é instable
Tu pensamiento
Finge ardientes quimeras,
Locos ensueños;
Tu fantasía
Boga en un mar de luces
Y de armonía.

Para tí todo es bello.
Mira en tu torno....
¿Qué ves?... ¡Verdes alfombras....
Flores y arroyos....
Puras caricias....
Tiernísimos halagos....
Amor.... poesía!

Si alguna vez el velo
De la tristeza
Cubre por un instante
Tu frente tersa,
¡Ah! bien en breve
De la ilusión al soplo
Se desvanece.

No quieras, Lola mía,
Lanzarte fuera
De esta atmósfera pura
Que te rodea;
Del desengaño
Nunca probar intentes
El dejo amargo.

Es lo desconocido
Dorada copa
Que de su fondo exhala
Suaves aromas:
¡Ay de la incauta
Que á aspirarlos se atreve,
Porque ellos matan!

Conserva con cuidado
Dentro del alma
La flor inmarcesible
De la esperanza;
¡Oh! no permitas
Que á su tallo se acerque
Mano atrevida.

Y siempre juguetona,
Siempre risueña
Deja correr los días
De tu existencia;
Que en dulces sueños
Flotará venturoso
Tu pensamiento.

La verdad es amarga:
Las ilusiones
Son dulces como el nectar
Que dan las flores.
¡Niña querida!
¡Vive de las quimeras
La hermosa vida!

ERMELINDA DE ORMAECHE.

Guernica: 1877.

LUZ DEL ALMA.

Vibra el éter: se encienden los colores
En el iris gentil
Que sobre el fondo vago de las brumas
Destaca su perfil.
Se revuelven las olas de los mares
Con leve agitación
Como si palpitase entre sus gasas
Del globo el corazón.
Se ensancha el horizonte, transparente
Al rasgarse el capúz
En las nubes, que en amplios pabellones
Ocultaban la luz.
Todo renace: sobre el tallo erguido
Abre el cáliz la flor,
Palpitan armonías en el viento
Cual suspiros de amor,
Hay vida, y luz, y encanto y alegría,
Y dicha por doquier....
Esperanzas sublimes del mañana
Y olvido del ayer!....
¿De dónde brota el esplendor fecundo
Que inunda la creación?
Es luz del alma que feliz se siente....
¡Sueño de la ilusión!....

PATROCINIO DE BIEDMA.

¡ADIOS AL MARINO!

COMPUESTO PARA SER LEIDO AL PIANO, CON EL ÚLTIMO
PENSAMIENTO DE WEBER.

Deja la playa serena
Radiante el marino,
Que vá su destino
En las hondas heroico á cumplir:
Siente en su alma de fuego
De amor el aroma,
Y amargo se asoma
En sus ojos el llanto al partir!...
Suena un gemido,
Tierno, sentido;
Último adios que al bajel,
Triste una hermosa le dá.
Pura en su anhelo,
Le pide al Cielo,
Que el hazo que rompe la Tierra,
Lo agrande la Mar!
Hiende las olas altivas
La nave guerrera,
Veloz reluciendo hechicera
De Iberia el famoso pendón:
Llena de luz y de gloria,
Su mundo es el puente,
Y es su trono el alcázar potente,
Y es su encanto el terrible aquilon.
Noble, constante el Marino,
¿Qué anhela ardoroso?
Del bien que perdió delicioso
Volver el perfume á sentir!
Mas ¡ay! que una tumba
Regada con llanto
Anubló para siempre el encanto
Y la gloria del nauta infeliz!

Habana: 1878.

MANUEL EULATE.

EL POETA.

Ese genio de alta frente
En cuya mirada inquieta
Arde el fuego del profeta
Que los sucesos presiente,
Ese genio es el poeta.
Poeta!.... misero ser
Que de lo grande vá en pos,
Y que cifra su placer
En amar á la mujer
Ó en cantar glorias de Dios.
Poeta!.... genio bajado
Desde la gloria á este suelo,
Y que al verse desterrado
Volver sueña con anhelo
Á la patria que ha dejado.
¡Pobre poeta!.... ¿qué fuera
De su noble corazón,
Si su alma no sintiera
De la mujer la pasión,
De la gloria la quimera?...
La mujer con su semblante
Al poeta siempre abarca,
Ya sea esquivá ó amante,
Bien la Laura del Petrarca,
Bien la Beatriz del Dante.
¡Le suele tanto halagar
De la gloria el arrebol
Al poeta, que al cantar
Sueña su nombre mirar
Más alto que el mismo Sol!
Si entónces ricos joyeles
Muestra el envidioso inmundo
Desprecia los oropeles,
Pues no cambia sus laureles
Por todo el oro del mundo!
Y aunque el orbe cruce hambriento
Porque de la envidia el dolo
Sufra, desprecia su aliento,
Pues la posteridad sólo
Hace justicia al talento!
Pobre poeta!.... soñar
Es su único destino!....
Dejadle al pobre gozar
De su ensueño peregrino!....
¡Qué no llegue á despertar!
¡Que sueñe su fantasía!
¡Ved que á su pecho desgarrá
La realidad triste y fría!....
¡Si despierta, quizá un día
Se llame Espronceda ó Larra!....

JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

Valencia: 1878.

TRISTEZA.

Sólo estoy.... y mi frente casi helada
Se inclina con pesar
Sobre una mano fría, descarnada
Que apenas ¡ay! la puede soportar!...
Un libro aquí... allí otro... unos papeles...
La pluma... y un quinqué...
Ciencia, luz, ilusiones... ¡oropeles!
¡Vanitas vanitatum!... ya lo sé.
Hé aquí su retrato... ¡cuán hermosa!
¡Copiada á perfección!
Si el alma se copiase... ¡linda cosa!
¡Medicina del mal de la ilusión!...
¡Ay infeliz del que en el mundo fia
Sin creer su doblez!
¿Es santidad, locura ó... poesía?
¡Quizá son las tres cosas á la vez!

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca: 1878.

ANDALUCES ILUSTRES.

DR. D. CAYETANO DEL TORO Y QUARTIELLERS,
PRESIDENTE DE LA JUNTA DIRECTIVA DE LA FEDERACION
LITERARIA EN LA PROVINCIA DE CÁDIZ.

No era seguramente nuestra pluma la llamada á
escribir una biografía en la cual debería ofre-
cerse la historia científica del eminente Doc-

tor, honra de su patria; ni era nuestra débil voz la llamada á expresar al público los altas dotes que le adornan; pero ya que por circunstancias especiales no han podido encargarse de este trabajo, tan grato como difícil, los dignos compañeros suyos que favorecen con sus escritos nuestra redaccion, preciso será que el lector se resigne á que nos apropiemos el honor de presentarle al andaluz ilustre que protege hoy con su presidencia la naciente asociacion esperanza de nuestras letras.

La dificultad de hacer el retrato moral de un sabio, más grande aún si lo intenta una mano torpe, se neutraliza esta vez con la popularidad de que el sabio goza, pues bastará acertar á reproducir uno de sus rasgos notables para que, por imperfecto que el trabajo sea, se reconozca en él al original.

El Doctor del Toro al aceptar el puesto de Presidente de la *Federacion literaria* en Cádiz, ha prestado á las letras andaluzas un valioso servicio, porque el prestigio de su nombre, su actividad, su brillante inteligencia y su fecunda iniciativa, han de ser germen de vida para la sociedad, que ha de producir más tarde prosperidades y venturas.

Su excesiva modestia, pues Toro parece ignorar completamente lo que vale, hacian difícil que aceptara ese puesto, pero una vez aceptado, nada hay que temer, y mucho que esperar, pues todos sabemos cómo desempeña esos cargos de honor, por decirlo así, que parecen tan sencillos y que sin embargo son tan difíciles.

Consignemos como fundadora de la Asociacion, un voto de gracias para el dignísimo Presidente de Cádiz, y digamos á nuestros lectores, que no tengan la suerte de conocerle, quién es y qué ha hecho el célebre Doctor.

En primer lugar, y como un rasgo de nuestro imperfecto retrato, consignemos que D. Cayetano del Toro ha obtenido en cuantos exámenes ha sufrido, la censura de sobresaliente.

No deteniéndonos, pues, en sus primeros estudios de latin y filosofia, ni en su carrera Médico-quirúrgica, cursada con brillantez en esta ciudad, nos fijaremos en sus actos más notables.

En Junio de 1857 se graduó de Bachiller en Filosofía en la Universidad de Sevilla con la censura de *neminé discrepante*.

En Noviembre de 1859 entró á prestar gratuita y espontáneamente su asistencia en el hospital militar de Cádiz á los heridos procedentes de la guerra de Africa, en cuyo servicio continuó hasta el día 4 de Julio de 1860, dándosele las gracias á nombre del Gobierno de S. M. por su celo é inteligencia, primero por el Excmo. Sr. General en Jefe del ejército expedicionario D. Leopoldo O'Donnell y últimamente por el jefe de Sanidad militar.

En Marzo de 1860 hizo oposicion á las dos plazas vacantes en la Facultad de Medicina de Ayudante del Disector, siéndole aprobados los actos por unanimidad y propuesto en el primer lugar de la primera terna, siendo nombrado primer Ayudante del Disector en virtud de las citadas oposiciones.

En Junio del 61 se graduó de Bachiller en Medicina y Cirugía con la censura de sobresaliente.

En Setiembre del mismo año hizo oposicion al premio extraordinario del grado de Bachiller, siéndole aprobados por unanimidad los actos.

En Junio del 62, hizo oposicion al premio ordinario del primer curso de Clínica Médica que le fué concedido.

En igual mes al de Clínica de obstetricia que tambien obtuvo.

En el mismo día hizo oposicion al premio ordinario de higiene pública, que fué sorteado con otro contrincante por igualdad de méritos, segun dicha certificacion.

En Agosto del propio año se le nombró en propiedad por el Excmo. Sr. Ministro de Fomento Ayudante tercero de clases prácticas y experimentales de la Facultad de Medicina de Cádiz, con destino á las clínicas, por equivaler esta plaza á la de Ayudante del Disector que obtuvo por oposicion y que habia sido suprimida por Real orden trasladada por el Director de Instruccion pública en el mismo día 9 de Agosto.

En Junio del 63 verificó los ejercicios del grado de Licenciado en Medicina y Cirugía, obteniendo la censura de sobresaliente.

En 27 del mismo se le confirió la investidura de Licenciado en Medicina y Cirugía, en cuyo acto leyó el discurso doctrinal que versaba sobre los Caracteres fisiológicos que distinguen al hombre de la mujer.

Por Real orden de 17 de Setiembre del propio año se le concedió licencia para pasar á Madrid á cursar el Doctorado.

En Junio del 64, verificó los ejercicios del grado de Doctor en Medicina y Cirugía, obteniendo la censura de sobresaliente y expidiéndosele en 16 de Julio siguiente, despues de tomar la investidura, el correspondiente título.

Segun oficio de 20 de Diciembre de dicho año, fué nombrado por el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, Vocal secretario de la Junta municipal de Sanidad para el bienio de 1865-66.

Por Real orden de 23 de Marzo de 1865, fué nombrado Médico auxiliar del Hospital militar de Cádiz, cuya plaza sirvió hasta 1.º de Abril de 1868, dándosele las gracias en Real orden de esta fecha, por la exactitud, celo é inteligencia con que le habia desempeñado.

Por Real orden de 9 de Mayo del mismo año de 65, fué nombrado Caballero de la real y distinguida orden de Carlos III.

Segun certificado correspondiente, fué nombrado en 14 del citado mes y año Sócio fundador de la Antropológica Española.

Por oficio de 28 de Noviembre del propio año, lo nombró el Excmo. Sr. Gobernador civil Médico auxiliar del departamento de varones del Hospicio de esta ciudad, durante la invasion del cólera morbo en este establecimiento.

En oficio de la misma autoridad de 18 de Diciembre siguiente, se le dieron las gracias á nombre del Gobierno de S. M. por los extraordinarios servicios que prestó en el indicado cargo, el cual desempeñó sin sueldo ni gratificacion alguna.

Por título de 30 de Abril del 66, fué nombrado Sócio corresponsal de la Academia médico-quirúrgica matritense.

Por otro de 7 de Mayo siguiente, lo fué del Instituto médico de Barcelona.

Por otro de 24 de Noviembre del mismo año, lo fué tambien de la Academia nacional de Medicina y Cirugía de Cádiz.

Por comunicacion de 13 de Junio del propio año, lo nombró el Sr. Decano de la Facultad de Medicina para sustituir la plaza vacante de Ayudante cuarto de clases prácticas, cuya interinidad sirvió hasta el 5 de Marzo de 1869, además de la que en propiedad desempeñaba.

Por oficio de la Alcaldía de 22 de Agosto del mismo año, se le comunicó el voto de gracias que le daba el Excmo. Ayuntamiento de Cádiz por los extraordinarios servicios que como Secretario de la Junta municipal de Sanidad habia prestado recientemente, ante la inminencia de la invasion en la ciudad del cólera morbo que diezaba otras poblaciones cercanas, cuyo voto fué confirmado en 17 de Enero del 67.

En Diciembre del 66, fué reelegido por el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia Vocal secretario de la Junta municipal de Sanidad para el bienio de 1867-68.

En Junio del 67, fué nombrado Socio corresponsal del Instituto Médico Valenciano.

En Noviembre del 67, fué encargado por el Decano de la Facultad de Medicina de sustituir la Cátedra de Terapéutica, materia médica y arte de recetar, durante la enfermedad del catedrático propietario, y concluyó el 28 de Febrero del año siguiente.

El claustro de la Facultad de Medicina de Cádiz lo nombró Auxiliar de la misma cátedra para el curso de 1868-69.

En Octubre del 68, fué nombrado por la Junta revolucionaria Concejal del Excmo. Ayuntamiento, en cuyo cargo desempeñó las comisiones de Instruccion pública, Sanidad, Beneficencia y Gobierno interior, cesando en 20 de Enero de 1869.

Por otro oficio de fecha del mismo Octubre lo nombró la Excmo. Diputacion provincial, Vocal de la Junta provincial de primera enseñanza.

Por otro de Marzo del 69, lo nombró la misma Junta de primera enseñanza Miembro del tribunal de

oposiciones para las plazas de maestros y maestras, vacantes en la provincia, actuando como tal en las mismas.

Segun otro oficio de Setiembre del expresado año, fué nombrado por el Claustro de la Facultad de Medicina, Auxiliar de las asignaturas de Anatomía general y descriptiva, primero y segundo curso, para el de 1869-70 y confirmado sucesivamente para los siguientes hasta el 75.

El Claustro del Instituto de segunda enseñanza de Cádiz, por oficio de 1.º de Octubre del 69, lo nombró, á propuesta del Catedrático propietario, Sustituto de las asignaturas de historia natural y de fisiología é higiene para el curso de 1869 á 70, confirmandose para los sucesivos hasta el de 1874-75.

Segun oficio de 8 del citado Octubre fué nombrado nuevamente por el Gobernador civil de la provincia Concejal del Ayuntamiento de Cádiz, volviendo á desempeñar, como en otra ocasion, las comisiones de Sanidad, Instruccion pública, Beneficencia y Cárcel, hasta el 15 de Enero de 1870.

Segun oficio expedido en Noviembre del 69, fué nombrado por el Excmo. Ayuntamiento Vice-presidente de la Comision de socorros domiciliarios del barrio del Rosario.

En 1870 fué nombrado Concejal en las elecciones por sufragio universal celebradas en Noviembre anterior y tomó posesion de su cargo, siendo confirmado en las comisiones que otras veces desempeñó.

El Ayuntamiento le nombró en el mismo año Presidente de la Comision de Higiene pública de los barrios de San Francisco y San Carlos, cuyo cometido era tomar todas las medidas necesarias para prevenir la invasion del cólera morbo.

Por comunicacion del Director del Instituto de segunda enseñanza, de 12 de Diciembre de 1870, fué nombrado para estudiar durante el eclipse de Sol anunciado para el 22 de dicho mes, la influencia de ese fenómeno sobre las plantas y los animales, insertándose el resultado de sus investigaciones en la Memoria que sobre dicho eclipse publicó el referido Cuerpo docente.

En sesion del 20 de Diciembre del 70, acordó el Excmo. Ayuntamiento cooperar moral y materialmente al establecimiento de una Cátedra libre de clínica oftalmológica en Cádiz, encargando de su desempeño á D. Cayetano del Toro, que renunció todo sueldo.

En Enero del 71 inauguró la Cátedra clínica de enfermedades de los ojos, dividiendo el estudio en dos cursos, uno general correlativo con el de la Facultad de Medicina, y otro sobre determinados puntos de la especialidad que ocupa los meses de verano. Esta clínica continúa en la actualidad y cada vez más importante.

Por Real orden dada en Abril del 71, se le dieron las gracias de orden de S. M. el Rey, por el donativo de varios ejemplares de sus obras con destino á Bibliotecas populares.

En Junio de 1871 fué elegido Diputado provincial por sufragio universal por el primer distrito de Cádiz, cuyo cargo desempeñó desde 15 de Junio de 1871 hasta 31 de Diciembre del 72.

En el mismo año fué elegido Secretario general de la Comision provincial de Cádiz de la Cruz roja.

Por Real decreto publicado en Agosto del 71 fué agraciado con la Cruz de Comendador de la Real y distinguida orden de Carlos III.

En 27 del mismo mes y año, fué nombrado Socio corresponsal extranjero de la *Société climatologique de la Algerie*.

Segun título de 10 de Noviembre del propio año, la Sociedad económica Gaditana de Amigos del País lo nombró su Socio residente.

Por Real decreto de 17 de Diciembre de dicho año, fué agraciado con los honores de Jefe superior de administracion civil.

La Sociedad económica de Amigos del País de Sevilla lo nombró su Socio corresponsal en Marzo del 72.

El Ayuntamiento de Cádiz le regaló, como recuerdo por sus distinguidos servicios en pró de los necesitados y en la enseñanza de las enfermedades de los ojos, una caja de instrumentos para las operaciones de estos órganos, en Mayo del 72.

En Setiembre de 1872, el Jefe local de Sanidad militar de esta plaza, le comunicó un expresivo voto de gracias por su donativo de obras para la Biblioteca del Hospital militar.

En 18 de Diciembre del mismo año fué nombrado Socio corresponsal extranjero de la *Sociedad das Sciencias médicas de Lisboa*.

En Setiembre del 73 fué nombrado Socio corresponsal de la Sociedad anatómica española.

Por otro de 8 de Diciembre del propio año lo fué tambien de la *Societè médico chirurgicale de Lieze*.

En Marzo del 74 fué nombrado Presidente de la Comision provincial de la Cruz roja en Junta general de asociados.

En Febrero del mismo año habia sido nombrado Diputado provincial por el Excmo. Sr. Gobernador militar y despues por la Exema. Diputacion provincial Vocal de la Junta económica de la escuela libre de la Academia de Bellas Artes.

En Mayo de dicho año, fué nombrado Vocal de la Junta provincial de primera enseñanza, y por oposicion Socio de número de la Academia Nacional de Medicina y Cirugía de Oádiz, obteniendo tambien el titulo de Segundo Vice-presidente de la Comision de vecinos de esta ciudad, constituida para aliviar la suerte de los enfermos y heridos á consecuencia de la guerra civil.

En el mismo año recibió el titulo de Socio corresponsal de la Academia de Medicina y Cirugía de Galicia y Asturias, el de Socio corresponsal de Medicina y Cirugía de Barcelona, y de la de Valladolid é igualmente fué nombrado Socio corresponsal de la Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Ha publicado con general aplauso las siguientes obras:

Una memoria sobre los *Caracteres diferenciales de la monomania y de la pasion*.

Otra de la *Disenteria de los paises cálidos*.

Un *Manual de las enfermedades de los ojos y de sus accesorios*. Obra con varios grabados.

Otro sobre la *Importancia y adelantos de la Oftalmología*.

Otro sobre la *Queratomia lineal combinada*: Nuevo proceder de deslizamiento del cristalino en su totalidad.

Otro sobre las *Bases del tratamiento de la rija*.

Una traduccion. *Breves apuntes sobre la Oftalmia en Argelia*.

Comparacion entre la Queratomia á colgajo y la Queratomia lineal combinada por deslizamiento del cristalino.

De la sífilis ocular, su tratamiento por las fricciones mercuriales.

Adherencias periféricas del iris al cristalino.

Los Koheul árabes.

Estudios laringológicos.

Tratado de obstetricia ginecológica y pediatria.

El ácido hiponitrico en terapéutica.

Dirigió *La Revista de ciencias médicas*, periódico quincenal de Medicina, Cirugía y Farmacia, desde el año de 1864 á 67.

Es Director de *La Crónica Oftalmológica*, periódico mensual que se publica desde Marzo de 1871, y tiene en publicacion una extensa obra con el titulo *Programa de un curso teórico-práctico de obstetricia y enfermedades de las mujeres y de los niños*, y el *Tratado teórico-práctico de las enfermedades de los ojos y sus accesorios*, que sale en cuadernos de más de 200 páginas.

Despues de seguir paso á paso en su triunfal carrera científica al Doctor del Toro, ¿qué podemos añadir que no parezca inútil?

Así lo comprenderán nuestros lectores, y nos permitirán terminar este boceto, diciéndoles que el Ilmo. Sr. D. Cayetano del Toro, cuya vida pública le hemos dado á conocer, es en la vida privada modelo de hijos, de padres, de esposos, de hermanos y de amigos.

Que afable y leal con todos su palabra es más que una promesa un lazo sagrado; que su carácter digno infunde respeto al par que confianza; que sus altos sentimientos se revelan en sus repetidas obras de generosidad y caridad, que todos conocemos, y que él sólo olvida.

Sus escritos literarios revelan buen gusto, origina-

lidad y riqueza de ideas: si la ciencia no robase sus horas, Toro seria uno de nuestros primeros literatos.

Así como ahora oimos hablar á cada paso de sus curas maravillosas, su asistencia generosa á los enfermos pobres, sus *milagros* científicos, de dar vista á los ciegos, oiríamos entónces la alabanza á sus estrofas y sonetos, pues Toro tiene bastante fantasia y bastante corazon para ser poeta.

Pero no lo sintamos: lo *bello* tiene no pocos cultivadores, y lo *útil* necesita cada vez más adictos, si ha de mejorarse la triste condicion de la vida humana.

Felicitemos al sabio Doctor que tan grandes ideales realiza, y felicitemos aún más á Cádiz que se honra con tan ilustre hijo.

PATROCINIO DE BIEDMA.

CARTA DE ADENTRO.

AL ESPÍRITU DE JUAN DE PADILLA.

Mi invisible y etéreo amigo: Permíteme que me asombre, ántes que nada, al verme reconocido desde lo alto y honrado con tan inesperada refutacion: no podia figurarme que llegase mi voz á las estrellas ni que se conmoviesen los astros para dejarme percibir la luz de un consejo y sentir el raro placer de un diálogo con los muertos. Sorpresa grande y orgullo muy legítimo me ofrezco, haciéndome pensar que mi nombre ha llegado á esa region que está por encima del espacio en que se engendran las tempestades, en tanto que mis huesos se agitan entre las borrascas de esta vida.

Creia que mi humilde personalidad, tanto por los pocos años cuanto por la escasez de mis conocimientos, pasara olvidada y oscurecida como soplo de viento que me prestan otros labios, ó leve sombra que se guarece entre los pliegues de aquella con que otros me protegen.

Lo primero que experimenté al leer tu bella carta, fué un movimiento de extrañeza: no podia explicarme, ni puedo bien todavia, cómo uno de los primeros caballeros de Castilla, uno de los denodados defensores de las libertades populares, precisamente uno de aquellos que, por medio de lo que llamas *motines*, intentaron imponer al más orgulloso de los reyes y á la más soberbia de las noblezas los deberes de la justicia y de la libertad que reclamaba el más infeliz de los pueblos; uno de aquellos osados espíritus que se atrevieron á amargar la activa confianza del Emperador Carlos V, y á protestar contra la turba de ambiciosos extranjeros que vino á aumentar el número de los propios, hablando á unos y á otros de los sagrados derechos populares y alzándose en armas para hacerlos flotar sobre rios de sangre y vapores de lágrimas; no me puedo explicar, digo, cómo el espíritu de Juan de Padilla anatematiza desde su nueva habitacion los *motines*, los *alborotos* y *sediciones*, tachándolos de medios impropios é indignos para hacer triunfar los nuevos ideales, y olvidando que, si son muy malos, hay que convenir al ménos en que están escritos en el *Evangelio predicado por los apóstoles y preconizados por Jesucristo en sus más insignificantes preceptos*, como tú dices.

Sin duda alguna el inmortal espíritu del héroe de Villalar no ha consultado con los de sus compañeros, ayer revoltosos en la tierra y hoy gloriosos en nuestra memoria, precisamente por la hazaña del motin y la injusticia que les abrió las puertas de esos cielos en que flotan: sin duda alguna el célebre *comunero* no recuerda la indignacion que produjo en Bravo el oírse llamar *traidor* por el pregonero de la real justicia: tal vez se ha borrado desgraciadamente de su alma la imagen de su intrépida esposa, la muy noble y heroica matrona Doña Maria Pacheco, ilustre defensora de Toledo, último baluarte de las *comunidades* de Castilla; porque á no ser así, es seguro que aquellas grandes figuras de la patria historia habrian despertado en su ser siquiera un eco de aquel sentimiento un *poco liberal*, que les convirtió en mártires de la libertad y héroes inolvidables de nuestra fama.

Estos recuerdos creo que vivirán eternos en los espíritus de aquellos valientes soldados, á ménos que, como parece haberle ocurrido al del generoso Padilla,

hayan abandonado, con la material vestidura, los puros ideales que defendieron sobre la tierra.

Mas siendo así que el ideal no tiene otro asiento que el espíritu y que no puede lanzarse de él al despojarse del cuerpo, es indudable que lo guarda todavia en su nueva morada y entónces no me explico como, yendo á ella abrumado con el peso de esa *iniquidad* ni cómo siendo malos y dignos de anatemas los *motines* y *alborotos*, pudo su alma penetrar en esa celestial *mansion de los justos*, desde la cual firma la epístola que deja caer sobre el CÁDIZ, enriqueciéndolo con una *medium-nidad*, que no sabemos hasta qué punto puede agradar á su Directora.

Sea lo que quiera de estas cosas, que nosotros, los todavía humanos, no podemos comprender bien, es lo cierto, mi fluidico amigo, que no has entendido, en verdad, el fondo de mi artículo *Las revoluciones*.

No los *tumultos* en lugar de las *evoluciones*; no los *motines* en vez de la *revolucion social*; no la *razon de la fuerza* en lugar de la *fuerza de la razon*, pueden desprenderse, como enaltecidos, defendidos, aludidos siquiera, en el citado artículo.

Únicamente decia en él, que las revoluciones han sido, son y serán siempre formas progresivas entre los hombres, de esas grandes ideas y de esos nuevos principios que, apénas formulados, se ven contenidos en su marcha por la ignorancia y el tradicionalismo, ó sea por el miedo á lo nuevo y la confianza en lo antiguo. Y puesto que no es posible ni justo impedir la exteriorizacion de esas verdades, y puesto que la idea encarnada en el hombre empieza á mover la lengua para despues mover el brazo, de aquí que consideraba yo la connoction material como forma, lamentable y funesta si se quiere, pero relativamente necesaria é ineludible, de toda transformacion moral y social. Mas á renglon seguido escribia que debiamos reconocer en las revoluciones de nuestros días, una forma ménos brutal y peligrosa y una trascendencia material ménos desastrosa y sensible que en las pasadas, y áun llegaba á afirmar que el ideal guardado en la mente para mañana, parecia ofrecernos en este punto que *las ideas se sustituirán en las sociedades tan apaciblemente, como una molécula á otra en los cuerpos*: recuérdalo bien.

Opinando así, no podia dejar de manifestar mi pobre dictámen, no ya como una mera protesta, sino como la satisfaccion del deber de venir en defensa de las revoluciones y de los revolucionarios, formas las unas é instrumentos los otros de las leyes que presiden al desenvolvimiento de la humanidad, víctimas ambos de muy injustos anatemas y de muy duros ataques, lanzados en virtud de una lamentable confusion entre el genio reformista y humanitario y la ambicion vulgar é inhumana.

Me haces recordar, espíritu corrector, que cuanto se entronizó por la fuerza, cayó por la fuerza en la tierra; y me citas en comprobacion, la derrota de los héroes de Villalar, la suerte de Juan Lorenzo y sus trece en las Germanias de Valencia, el movimiento insurreccional de Cromwell, y el fin de la Convencion francesa.

No te esfuerces: la violencia mata á la violencia. Parece que en los acontecimientos humanos, como en los antiguos procesos judiciales, impera la ley terrible del Talion: mas separa la vista del orden material de los hechos para fijarla en el moral de las ideas, y dime si sobre esos trastornos y esas víctimas no se alza al fin vencedora la idea duramente sustentada por la fuerza. Desaparecen el hombre y las masas; está es, la ambicion y los revoltosos; pero queda la conquista: más claro; se apaga hasta el último pavoroso eco de la *revolucion*; mas quedan consumados la *evolucion* y el progreso.

Lanzada á la tierra, húmeda si se quiere en llanto y lágrimas, la nueva semilla, el sol de la paz la hace germinar; y bien pronto á los aires de la vida aparecen robusto el tronco, frondosas las ramas y numerosos y saludables los frutos. ¿Quién duda que cuestan sacrificios á los pueblos los pasos dados hácia su destino, como cuestan dolores á los individuos las transformaciones del organismo en las diferentes edades de la vida?

Y no se entienda por esto que defendiendo esas horrosas escenas de destruccion y muerte, ni esos odiosos *motines* producidos por la sañuda indignacion de los oprimidos, por más que fuesen provocados por la

imprudente é insaciable tiranía de los opresores; ni ménos he querido aludir siquiera á esos vergonzosos esfuerzos de la ambicion personal ó de la insensata aspiracion de un grupo, por lograr con la violencia lo que jamás habrán de darle la razon ni el derecho. No; esos desórdenes de la soberbia y esos atentados de la ferocidad y del delirio, no pueden defenderse: ni tampoco ese raquitismo de los movimientos sociales, mereció jamás el respetable nombre de *revolucion*.

En cuanto al juicio de estos actos, estoy perfectamente conforme con la opinion de mi objetador *ex-comunero*.

Catilina busca el poder, y para hallarle intenta sumir á Roma en el desórden y la anarquía; Ciceron previene el peligro y, aunque estalla el *motin*, Catilina es vencido por la fuerza y desaparece sin dejar otro rastro de sí que el heroísmo de su muerte, tal vez efecto de su misma desesperacion. Mas compárese este suceso con la historia de los Gracos: levantan éstos, el uno tras el otro, la bandera de la igualdad de los pueblos y de la fraternidad de los hombres; y aunque en la lucha mueren ambos víctimas de la ingratitud y la calumnia, y los *motines*, no ya provocados por los revolucionarios, sino producidos por los insaciables senadores, ensangrientan á Roma, quedan grabadas las nuevas ideas en el corazon del pueblo y producen bien pronto la guerra social que alcanzó, con el triunfo de aquellas, la nivelacion de las clases primero en la capital, despues en todos los pueblos latinos.

¿Vamos á incluir bajo un mismo anatema el *motin* de Catilina y la *revolucion* de los Gracos? No, la repugnancia, y la execracion si place, caerán sobre la ingratitud y el crimen del primero; mas sobre la grandeza y fecundidad de la segunda, la bendicion y el agradecimiento de todos.

En nuestra historia contemporánea abundan los *motines* y escasean las *revoluciones*: quizás por eso miradas estas últimas á través de aquellos, se lanzan contra las revoluciones las quejas y acusaciones que merecen los motines en justicia; pero no he querido tomar de la historia propia los tristes ejemplos que necesito para explicar mi idea, porque esto ofrece sus peligros, y no habia de ser yo el que los arrostrara al ménos solamente.

Sigo, pues.

No es culpa mia, ni de quien escribe donde todos puedan leer, el que tropiecen mis palabras con algun criterio tan oscuro ó tan apasionado, que venga á dar á aquellas acepcion distinta de la que quise prestarles: ni tampoco puedo remediar, aunque sí por ello pedir indulgencia, que mi pluma ande torpe por lo inexperta, ó sea tan infiel que no revele puntualmente lo que mi entendimiento le dicta.

Para corregir el uno y el otro daño, diré que tomaba y entiendo la *revolucion*, como un cambio radical de ideas sustituyéndose las ya reconocidas por la generacion, bajo el dictado de sabios y moralistas, como erróneas, por otras más conformes con las nuevas y naturales aspiraciones de la humanidad.

En este sentido y no en otro, sostenia y sostengo que las *revoluciones* han sido, son y serán tan necesarias en el órden moral, como las crisis en la vida.

Tomada la *revolucion* como la manifestacion justa, oportuna y consciente de ideas altísimas señaladas por Dios mismo para que regulen la marcha de la humanidad sobre la tierra, y descubiertas, mostradas y explicadas á los pueblos por los hombres más ilustrados y más generosos, sostengo que vienen á cumplir una ley moral y que no son en manera alguna una consecuencia del cansancio, de la ambicion ni de la falta de virtudes morales, de las masas populares, como equivocadamente se supone con cierto afán de desleir entre las multitudes vicios y condiciones propios de determinadas clases é individualidades. En las *revoluciones*, ó sea en esos cambios de unas ideas por otras, toman parte el obrero honrado, el industrial inteligente, el sabio, el filósofo, el artista, todos cuantos sienten bullir dentro de la mente los nuevos y seguros principios de regeneracion moral y de justicia social y cuantos, amestrados por los sabios y moralistas en libros y aulas, cátedras y periódicos, apelan á la violencia como medio único para arrasar los obstáculos del egoismo: borrar privilegios de clase y evitar que por más tiempo

ruede el carro de la fuerza brutal, sobre el cuerpo indefenso de las sociedades.

Tal idea es la que *sublimo*, mi impalpable impugnador; no la de los *motines*. ¿No he de *sublimarla* cuando es cierto que el progreso avanza por el camino que se le hace y que no podria ser indefectible si á veces no apelara á la fuerza bruta, ya que esta es la única vía que desgraciadamente se le ofrece?

Se dice que voy demasiado léjos en mi defensa de las *revoluciones*. Quizás; pero temo que el creerlo así es un efecto de esas alucinaciones que produce un sentimentalismo exagerado, al que no pocas veces se unen preocupaciones de clase, viejas creencias, más sentidas que analizadas, y prejuicios hondamente arraigados y que no permiten medir serenamente el alcance de las palabras en el fondo de las ideas.

Sirva de ejemplo el peregrino argumento de que no puede decirse que el Evangelio saliera de las catacumbas romanas, una vez que ya la revolucion moral les abrió las puertas de la vida pública por mano de Constantino; *porque esto seria contrario á la fé*. No sabemos en qué pueda oponerse á la fé; pero si se nos ocurre que se apela á una susceptibilidad religiosa para eludir una discusion.

No son puntos de fé los hechos que tiene la historia consignados en sus páginas; ni han de contemplarse como dogmas teológicos aquellas cuestiones que la razon puede apreciar, discutir y establecer; porque caen total y perfectamente bajo su dominio.

Nadie ignora que la magnífica idea que cortó en sus albores la vida de Jesucristo, quien con su muerte puso precioso sello á su doctrina y dió alto precio al sublime pensamiento de redimir al hombre de la esclavitud del error y de la pesadumbre del vicio, se vió luego perseguida como contraria al órden social antiguo, á las creencias generales de aquel momento histórico y á la conveniencia particular de los poderosos y gobernantes; persiguióse por temor y sepultóse por prudencia debajo de tierra; y tres siglos de persecuciones lanzaron sobre ella torrentes de sangre y montañas de cadáveres inocentes. Así se hizo aquella revolucion, en que la fuerza y la barbarie estuvieron de un lado y la justicia y el triunfo del otro.

No se extinguió la idea cristiana con el último aliento del Mártir del Gólgota; sino que permaneció grabada en el pecho de los propagandistas, quienes sembrándolas en las graníticas piedras de la tenebrosa Roma subterránea, tabernáculo santo de tan sagrados principios, la hicieron fructificar de modo, que apenas publicado el edicto de Milan, se extendió por todo el orbe, esterilizando la bárbara obra que empezara Neron y terminara Diocleciano. Esta lucha y este vencimiento, son precisamente pruebas de que aquella idea *llevaba en sí vida divina y aliento inmortal*, puesto que emanó de Dios como toda verdad grande, inusitada, sublime y fecunda, destinada á producir una completa transformacion moral en la humana conciencia.

Tomada, pues, la palabra *revolucion* en su verdadero sentido, tal como la explica desde ultra-tumba el espíritu de Juan de Padilla, y considerada además como movimiento material, es innegable que puede aplicarse al cristianismo, sin ofender por eso el sentido de redencion divina que tiene la obra de Jesus.

¿No es cierto que hubo lucha? ¿Pues cómo llegó á salir el Evangelio poderoso y esplendente del negro fondo de sus silenciosos y profundos templos? ¿Cómo eran arrancados los cristianos de las catacumbas, para ir á derramar su sangre en los circos de la Roma pagana? ¿Esa terrible era de los mártires á que la misma España concurrió con tan rico contingente, no revela con claridad, que no ya la lucha de las ideas, sino la batalla de la fuerza, ostentaba todos los furores con que en ella se alian el despotismo soberbio, la ignorancia rabiosa y la supersticion estúpida y grosera?

¿Acaso, como siempre sucede, no vino á demostrarse la impotencia de la tiranía, venciendo al fin la idea cristiana al sensualismo pagano en la conciencia de un Constantino, en la que la verdad triunfó del error, la razon de la justicia, la luz de la sombra?

Oh! sí, el cambio fué paulatino y reñido: el cristianismo necesitó de la lucha y de la batalla; pero al fin, por la *revolucion* venció.

Toda idea nueva ha producido sus víctimas; toda reforma ha madurado con la cálida lluvia de sangre inocente: la de la *inmortalidad del espíritu* ofrece como holocausto á Sócrates; el *libre-exámen* produce horrosas pilas de cadáveres humanos; el dogma político moderno arranca de las angustiosas noches del terror y de las pavorosas escenas de la *Convencion francesa*.

Los mártires de la ciencia, de la razon y del derecho, no luchan contra las turbas revolucionarias; no en verdad: ellos no son revolucionarios y por eso sucumben ante el ímpetu de las masas que simbolizan el error y la ignorancia, la sinrazon y la injusticia, el estancamiento y la rutina, el viejo tradicionalismo y la bárbara preocupacion. Cuando la corriente de un rio tropieza con un escollo, ó se abre y pasa, ó salta por encima y pasa tambien: si la roca le cierra el camino, aglomeranse rugientes las aguas, y combaten, minan, golpean, hasta que descuajan el peñasco y lo arrastran furiosas en su marcha; así hacen las ideas con esos obstáculos que suelen encontrar en el cauce de la vida social y que les ofrecen la tiranía, el egoismo, la ambicion y las traiciones de arriba, y la ceguedad, el fanatismo, la terquedad y las pasiones de abajo.

En esta batalla—es preciso desengañarse—el triunfo es siempre del principio, de la verdad y del progreso; es decir, es siempre de Dios: el hombre no puede conseguir sino victorias pequeñas, fugaces y apañadas.

Concluyo, querido espíritu, repitiendo mi tesis y sosteniendo una vez más: *que si bien conozco la barbarie de los hechos de fuerza, que anatematizo con toda la energia de mi conciencia, no puedo, no debo desconocer que á ellos debemos el estado presente de nuestra civilizacion, de nuestra cultura y hasta de nuestra moralidad; y que dado el grado de ignorancia, de obcecacion y de tiranía de los pasados tiempos, no ha podido ser por ménos sino que el cambio de ideas, las revoluciones, han apelado á la fuerza; mas no para imponer la reforma por lo comun, sino para atacar la innovacion: por lo demás, creo que algun día los grandes ideales se harán paso por la obra misma de la civilizacion, de un modo sereno y apacible, á cuyo progreso, siguiendo mis impulsos y tambien tus consejos, desearia poder contribuir con mis débiles esfuerzos.*

Pido perdon, tanto á tí, espíritu benévolo, como á mi querida amiga la ilustrada Directora del CÁDIZ, por el espacio que le he usurpado con mi larga carta; pero atendiendo á que me aconsejas que hable claro, porque hay distintos criterios en los que leen, he creído que debia caminar con más cuidado para evitar equivocadas interpretaciones de mis palabras, y dolorosos desengaños de mi torpeza.

Despues de lo cual se ofrece tuyo, aunque para poco pueda servirte desde la tierra, tu admirador como comunero y tu amigo como Padilla,

SERVANDO A. DE DIOS.

Cádiz: Setiembre 1878.

UN CARMELITA.

POR

J. M. GOMEZ COLON.

(CONTINUACION.)

VII.

¡Qué bellissimo es el temperamento de la Isla de Cuba en los últimos meses del año!

Amoroso beso del Norte en la tersa frente de la zona tórrida.

Disputanse los vientos el refrescar aquella cálida atmósfera, y de la porfia, á veces borrascosa, toma Cuba de los mares que la cercan, el deseado hálito que ahuyenta los ardores de un verano abrasador.

Esmeralda del golfo, parece entonces más brillante en eternal verdura. La espléndida vegetacion de aquellos campos ricos de flores y de frutas, difunde su aroma en derredor, cual si Flora lo hiciese para dar á la estacion la sorprendente novedad del otro polo.

Habia el casamiento de Fernando VII, llevado á todos los extremos de la monarquía el entusiasmo más caluroso y verdadero, segun que para el porvenir era augurio de risueñas esperanzas, haber ocupado el trono de Isabel I, una tan bella, liberal y simpática reina como entonces lo era Maria Cristina de Borbon.

No podia la Habana sino mostrar su placer con fea-

tejos y divertimientos que traían á las gentes bulliciosamente entretenidas.

Era una de esas hermosas tardes en las que al bañarse el sol en el Océano, deja el dominio de la luz á la plateada de una luna que se mira apacible en las tranquilas aguas de la bahía.

Desde la Alameda de Paula ¡qué panorama tan encantador!

Allí á orillas del mar, bajo una frondosa enredadera sostenida por ligeras columnas de hierro charolado, veíanse porción de mesas de un café-nevería, que habiendo buscado para asiento la cercanía de la pequeña iglesia de Paula, miraba al extremo opuesto del paseo el hermoso Teatro Principal.

Filosófica coincidencia que busca al mar por confidente para decir al viejo mundo como en el nuevo se enlazan por una vía de bienandanza, de un lado el templo, del otro un escenario.

Civilización que el mar ha conducido á tierra tan rica de frutos como de idealismo.

Todas las mesas de la nevería estaban ocupadas por alegres parroquianos, que saboreaban con delicia lo mismo el sorbete de piña, como el agua-loja la horchata ó el café.

Gran número de quitrines y volantas, carruajes usuales del país, servían de asiento á sus graciosas dueñas, para gustar sin dejarlos, como añeja costumbre habanera, de los helados y los frios que los apasionados de las bellas les llevaban ellos mismos, esperando galantes al estribo.

Por el paseo circulaban multitud de familias y desocupados, que vía arriba, vía abajo, disfrutaban de la comodidad del sitio, del encanto de sus vistas, de la frescura de la hora, y de la amenidad de la concurrencia.

Una de las mesas de la nevería la ocupaba un capitán joven, apuesto; y cuyo uniforme pertenecía al peculiar del regimiento fijo de la Habana.

Había el capitán apurado mesuradamente un helado de guanabana, y jugando con la cucharilla, miraba impertinentemente á dos elegantes jóvenes que acompañadas de dos caballeros, se hallaban sentados todos en derredor de otra mesa inmediata.

El traje de aquel grupo no era el del país. Europa estaba allí representada por tres naciones distintas.

Habían las jóvenes echado de ver la pertinaz curiosidad del capitán, y parecían contrariadas.

Dieron las siete; y en el momento, aquellas cuatro personas, cual si obedeciesen una orden, dejaron sus asientos, y tomando el paseo, se perdieron entre los paseantes.

Permaneció todavía el capitán media hora más, inmóvil, pensativo, los ojos fijos en el mar.

El capitán no era habanero.

¿Pensaría en la patria? ¿Enviaría por aquella tersa plateada superficie un suspiro á la mujer de sus amores?

Sacudió la cabeza como quien pretende esquivar un recuerdo penoso; se levantó; echó á andar por el paseo; entró en el Teatro, y ocupó una luneta inmediata á la embocadura.

Se iba á representar la ópera *El barbero de Sevilla*.

Se alzó el telón.

Pasaron las cinco primeras escenas en un quietismo poco agasajador para los cantantes.

Pero llegó la escena sexta: un estrepitoso aplauso sacó de sus meditaciones al capitán, que hasta entonces había permanecido distraído, indiferente.

Tenía delante á Rosina, á la encantadora, á la bulliciosa, á la alegre, á la apasionada pupila: era su provocativo traje característicamente andaluz.

Moviése el capitán impaciente en su butaca: devoró con los ojos á aquella mujer que con una voz, aunque no extensa, dulce y agradable, cantaba con deliciosa ternura el *Una voce pocofá*.

No cabía duda, aquella mujer era la misma que con otra había visto el capitán en la nevería. El traje español con que la volvía á ver, cambiaba por completo su fisonomía. Aquella mujer le era conocida, despertaba en su corazón desgarradores sentimientos.

¿Pero cómo estaba allí?

¿Cómo su nombre no había llegado á oídos del capitán en una población como la Habana?

(Continuará.)

NOTICIAS.

Socios adheridos á la idea de la Federación literaria:

- D. Bernardino de Sobrino.
- D. Luis Rubio y Sibello.
- D. Agustín Aicart.
- D. Joaquín Ortega.
- D. Luis F. Deus.

Ya se ha publicado el programa de las carreras de caballos que han de verificarse en Sevilla los días 3 y 4 de Noviembre próximo.

En las cinco carreras del primer día habrá otros tantos premios de 2.000 rs., de 3.000, de 5.000 y de otros 3.000, este último con el importe además de las matrículas. Los cinco premios son de la sociedad.

De la sociedad son también los cinco premios de las cinco carreras del segundo día; uno de 3.000 rs., otro de la misma suma, otro de 4.000, otro de 3.000 y otro de 2.000.

Autorizados por la Junta directiva de la Liga de Contribuyentes para gestionar lo necesario con objeto de establecer en esta capital la Asociación protectora de la Agricultura Española, fundada por la Excm. señora duquesa de Medinaceli, se invitó á una reunión que tuvo lugar el Domingo 6 del corriente.

La invitación iba autorizada por las siguientes respetables firmas:

Bernardino de Sobrino. Francisco de P. Rivera. Bernardo M. de la Calle. Eduardo J. Genovés. Federico Fedriani. Pedro Marin. Juan M. Picardo. Luis Rubio Sibello. Por *El Comercio* Fernando G. de Arboleya. Por *La Palma de Cádiz*, Manuel M. de Mora. Por el *Diario de Cádiz*, José Franco de Terán. Por *El Defensor de Cádiz*, José Pereira. Por *La Prensa Gaditana*, A. Alvarez Jimenez. Por *La Opinión y La Correspondencia de Cádiz*, Gonzalo Ceron. Por el *CADIZ*, Patrocinio de Biedma.

El éxito de esta primera reunión, la importancia que reviste el asunto de que se trata, y la influencia de las personas encargadas de llevar á cabo tan útil empresa, son como una garantía de satisfactorio resultado, que le deseamos de todas veras.

En la Real academia de Sta. Cecilia han tenido lugar la segunda y tercera sesión de las seis que piensa dar la sociedad de cuartetos. Las piezas elegidas de Mozart, Raff y Beethoven, fueron escuchadas con encanto por los aficionados á la buena música que en gran número llenaban los salones.

La compañía que dirige el notable actor Sr. Albarran, sigue con muy buen éxito cumpliendo su nuevo abono. Las obras que pone en escena agradan mucho al público, y en ellas son muy aplaudidos todos los actores, especialmente la señorita Genovés y el Sr. Albarran.

Deseamos que el público corresponda á los esfuerzos de la empresa.

Los periódicos de New-York han confirmado la triste noticia de haber muerto en la Habana D. Manuel Perez de Molina, Director del *Triunfo*.

Lamentamos este desagradable acontecimiento y enviamos nuestro pésame á su familia.

Hemos recibido el precioso *Almanaque de los niños* que publica en la corte el distinguido escritor D. Manuel Ossorio y Bernard. Recomendamos á los padres de familia esta preciosa y moral obrita, que se vende á dos reales en toda España.

Contestando á varias preguntas que se nos hacen respecto á la *Advertencia* que ha aparecido en nuestros números anteriores, debemos decir que el aceptar como *remitidos* los trabajos ajenos á la redacción del *CADIZ*, no sólo no es difícil para los autores, sino que es natural si han de tratar de asuntos extraños á esta revista, y en cuanto al mérito de estos trabajos mal podemos calificarle sin conocerles, pues aún no los tenemos; el público es el que debe juzgarlos: nuestra idea no ha sido otra que facilitar á los autores la publicidad de sus escritos, para que una vez conocidos y apreciados, en vez de buscar como escritores á la prensa, la prensa los busque como escritores.

Conocido así el pensamiento, pueden utilizarle los señores que gusten.

Dice nuestro apreciable colega local *El Comercio* y hacemos nuestra la súplica que envuelven sus nobles frases: «Con profunda amargura hemos sabido que están sentenciados á muerte tres jóvenes procesados por la jurisdicción de Marina que se hallan presos en el arsenal de la Carraca.

Formaban parte de la tripulación de un barco mercante, á cuyo capitán hirieron gravemente en un tumulto que hubo á bordo en las aguas de Almería, el año de 1876, ocasionándole la muerte de resultas de las heridas que recibiera.

El mayor de los tres reos tenía 19 años y el menor 16 cuando cometieron el delito.

Su poca edad y el tiempo transcurrido parecen ser circunstancias que autorizan la petición del indulto de la última pena.

Y ya que esos desgraciados, naturales, según creemos, de las provincias del Norte, carecen aquí de familias que se interesen por ellos, nos atrevemos á rogar á las corporaciones de Cádiz y San Fernando que pidan el indulto y empleen toda su influencia para evitar, si fuese posible, el triste espectáculo de la ejecución.

Los tres reos se llaman Domingo Luzarraga Arasquín, Teodoro Pidal Oliva y Manuel Otero Vigo.

Parece que se ha hecho una consulta á Madrid sobre el modo de cumplir la sentencia, y esto permite que haya tiempo para implorar aquella gracia.»

Hemos recibido el *Anuario del estudiante*, año II, correspondiente al censo de 1877 á 78, editado en la notable casa de Gongora y compañía de Madrid.

Recomendamos tan útil obra á los jóvenes y padres de familias.

Ha fallecido en el Ferrol la Sra. D.^a Josefa Chacon, hija del Teniente general de la Armada D. José Chacon, hermana de D. Guillermo, Vice-almirante y actual Capitan general del Departamento de Marina de Cádiz, y esposa de nuestro digno amigo é ilustrado redactor D. José M. Gomez Colon.

Las altas dotes de talento, virtud, y educación que adornaban á esta Sra., han de hacer grandemente sensible su pérdida á sus distinguidas familias, y muy especialmente á sus hijos.

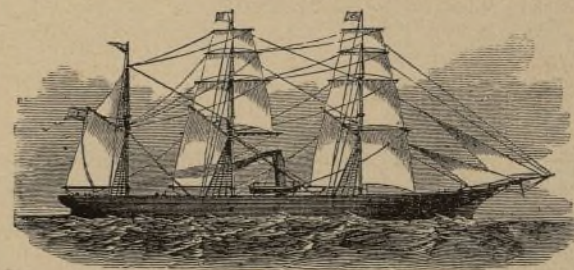
El *CADIZ* envía á su viudo el más sentido pésame en nombre de sus compañeros de redacción, al par que de nuestra Directora, que lo hace extensivo á la familia de la finada.

Hemos tenido el gusto de saludar en Cádiz á la distinguida Sra. de Velasco, y á sus hijos los Sres. de Gutierrez Soto, que pasan á Ceuta á reunirse con el General comandante gobernador de aquella plaza Excmo. Sr. D. José de Velasco.

Deseamos á tan apreciables amigos un viaje agradable y todo género de felicidades en su nueva residencia.

ANUNCIOS.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.
Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES
DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.^a



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

LEON

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Noviembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.